

A PROPOSITO DE UN TEXTO INEDITO DE MANUEL ANDUJAR SOBRE ANTONIO MACHADO

Antonio Mancheño Ferreras
I. B. “José Caballero” (Huelva)

No me parece justificable —así, al menos, lo creo yo adentrarme en el desarrollo de esta comunicación sin reivindicar, una vez más, lo que para nuestra cultura y, en concreto, para nuestra literatura supuso el exilio español de 1939,¹ sin por ello demeritar la firme y silenciosa labor de la “España permanecida.”

Exponente señero de la “España peregrina” —vida y obra así lo testimonian— lo constituye la singular figura de Manuel Andújar (La Carolina, 1913); escritor no lo suficientemente valorado por un amplio sector de lectores, ya que su obra requiere —y ello se acentúa conforme avanzamos en su lectura— una gran atención y preparación por parte del lector medio, hecho que siente y comprende pero que asume Manuel Andújar, no dispuesto a hacer concesiones.

Como precisa el profesor Santos Sanz Villanueva: “*Si hubiera que buscar un común denominador a la polifacética labor intelectual de Manuel Andújar éste sería una permanente indagación y meditación sobre España que, desde unos planteamientos lúcidos y de insobornable ecuanimidad, trata de superar viejas incomprendiones para forjar un futuro de diálogo y convivencia.*”²

Efectivamente, el tema obsesivo de Manuel Andújar se centra en los orígenes, desarrollo y consecuencias de aquella contienda fratricida (“*problema previo que no me deja en paz,*” como dijo nuestro escritor). Tema éste, pues, que nos deja entrever a lo largo de su obra una serie de constantes como son su honda preocupación moral, una clara voluntad de estilo y su rica amplitud de vocabulario (“*A nosotros nos podían desterrar de cualquier sitio pero de nuestro propio idioma no..., nuestro idioma era nuestra patria,*” dirá Manuel Andújar recordando a Unamuno).

En definitiva, Manuel Andújar es uno de esos grandes escritores que, situado insobornablemente en el hoy, encarna principios, valores y conductas que son de ayer, que son de siempre.

A tenor de estas palabras introductorias no es difícil llegar a la conclusión de que entre ambos escritores, Andújar y Machado, existen ciertas afinidades evidentes (profunda preocupación por España, íntegros y honestos planteamientos éticos y morales en torno al ser humano, e interés por el lenguaje). No obstante, el objeto de esta comunicación no consiste en el estudio de la huella machadiana en la obra del excelente escritor andaluz y, como he puntualizado, figura puntera de literatura española del exilio.

Que existe la huella de Antonio Machado en la obra toda de Manuel Andújar eso es evidente para cualquier lector avezado. El mismo Andújar sitúa a Machado, junto a otros escritores nacionales y foráneos (Juan Ramón, Galdós, Valle-Inclán, Baroja, Miró, Sartre, Duhamel, etc.), como fuente de necesaria referencia al hablar de su obra. Esto es corroborado, de entre las muchas críticas y reseñas al respecto, por las siguientes palabras de Emilio Miró a propósito del pccemario de M. Andújar “Sentires y querencias:”³ “*Como en los ‘Elogios’ de Antonio Machado, la escritura trasciende la motivación concreta, va más allá del personaje elogiado, hacia un horizonte más amplio en el que se proyecta con nitidez la cosmovisión del autor, sus obsesiones y sueños, sus ‘sentires y querencias’.*”⁴

Asimismo, he dicho anteriormente que esta huella de Machado se proyecta en su obra toda, tanto en la poesía como en la prosa, y es que en el Andújar prosista observamos la marca indeleble —el ‘copyright,’ si se me permite el barbarismo; espero que no— del Andújar poeta.

De nuevo, el mismo escritor nos confirma este aserto cuando en la sevillana revista CAL, y en sus números 33 y 34, publica el siguiente trabajo: “Sobre las aco-taciones poéticas en mi novela ‘Una indagación / de la voz y de la sangre’.” Y que, definitivamente, queda ratificado por parte de la crítica con las siguientes apreciaciones: “*Nos hallamos —dirá Enrique Molina Campos— ante una interrelación narrativa-poesía, de tal suerte que la narración tiene algo de poema y el poema es un paroxismo de la narración, paroxismo por el que la narración se cortocircuita y hace saltar su propia conducción (el ‘discurso normal’).*”⁵

Por su parte, Manuel Urbano concluirá con estas otras palabras: “*Creo, en definitiva, que ‘Lares y Penares’, que ‘Sentires y Querencias’, vienen a significar como títulos, como ciclos literarios, en el autor-hombre que los anima, vive y padece, y de ellos se nutre, un mismo palpitante cobijo de la palabra en una única esencialidad. De ahí que, al menos para mí, a la hora de etiquetar la obra de Andújar, tanto dé rotularla como la poesía de un novelista que como la novelística de un poeta.*”⁶

Así pues, y efectuadas estas preliminares observaciones sobre la presencia —verso y prosa a través— de Antonio Machado en Manuel Andújar, precisaré, de nuevo, que el objeto de esta comunicación no incide en este tipo de indagaciones sino que consiste en la exposición de una serie de textos —en concreto tres— generalmente epistolares y ensayísticos, consagrados por Andújar a la vida y obra de Machado, y en donde se analiza el pensamiento/sentimiento del mismo sobre su impar coterráneo sevillano.

Es necesario consignar, en honor a la verdad, que, además de los tres textos que van a ser motivo de exposición y comentario, Manuel Andújar ha dedicado también otros dos a la figura de Machado, pero me es imposible desarrollarlos aquí y ahora pues tiempo y espacio me lo impiden.

Además, la fácil accesibilidad a ellos por parte de los interesados en el tema —en contraposición a los que voy a presentear en esta comunicación, uno de ellos inédito— y el hecho de que en los mencionados textos tropecemos con juicios y conceptos ya vertidos anteriormente —aunque también descubramos felices hallazgos—, todo ello ha desembocado, como digo, en mi —al menos, honrada y meditada— elección.

Empero, es de obligado cumplimiento reseñar, aunque sea sucintamente, estos dos trabajos. Uno de ellos es el 'Prefacio / Préface' al libro de Jacques Issorel "Collioure, 1939. Les derniers jours d'Antonio Machado / Últimos días de Antonio Machado", en edición bilingüe.⁷ El otro, "Resonancias de Antonio Machado", aparecido en Cuadernos Hispanoamericanos⁸ y que con una breve modificación en su título ("Antonio Machado, creador de conciencias") se reprodujo en el libro de M. Andújar "Signos de admiración."⁹ En este segundo trabajo, Andújar, después de una entrañable y elogiosa remembranza de las 'Obras completas' de Machado, publicadas por la editorial Séneca en 1940 bajo la dirección de José Bergamín, y en compañía de Andrés Nerja —'alter ego' del autor— ("mi colega de secretas fatigas y públicas utopías", como nos dice Manuel Andújar), se ocupa de las relaciones entre lo poético y lo filosófico para concluir reafirmando la difícil pero próxima universalidad de Antonio Machado.

De esta manera, llegamos a los tres textos objeto del estudio y cuya data se sitúa entre 1939 y 1948. Textos cuyo valor e interés radica no sólo en su proximidad cronológica a la muerte del poeta —palpable evidencia de la fascinante atracción de Andújar por A. Machado— sino también en los razonamientos y juicios aportados por el escritor carolinense al proceloso océano de la crítica y bibliografía machadiana.

Juicios —algunos de ellos— que, si bien coinciden con otros emitidos más recientemente por la crítica, sin embargo, en la pluma diestra de Manuel Andújar adquieren un renovado y reconocido valor por la prioridad cronológica en su formulación y por el desconocimiento, por parte de críticos y estudiosos, de los textos en donde aparecieron dichos razonamientos.

Fue, pues, el motivo este de su desconocimiento —dado el difícil acceso a ellos y encontrándose uno, como dije, inédito— el que me movió a presentarlos o —quizás mejor— representarlos en este Congreso.

Sólo me resta añadir, antes de pasar a su exposición, que estos textos tienen, además, un doble valor, pues al inherente a su crítica literaria y humana se le añade el de estar escritos con un personalísimo estilo, quizás de los más representativos y peculiares de nuestra prosa contemporánea.

El primero de estos textos, el más cercano cronológicamente a nosotros, es el intitulado "Actualidad de Antonio Machado." Fue publicado —abril de 1948— en el Suplemento número uno de la revista 'Las Españas' ("En el IX aniversario de la muerte de Antonio Machado").¹⁰ Este trabajo aquí publicado fue leído previamente por Manuel Andújar en un acto en recuerdo de Antonio Machado (en el que intervinieron otros intelectuales exiliados como Mariano Granados, Luis Santullano y Daniel Tapia). Acto que se celebró en la Sala de la editorial Séneca, el 10 de marzo de 1948, y que fue auspiciado por la anteriormente citada revista 'Las Españas.'

Ya desde el inicio de este sucinto pero jugoso trabajo nos precisa Manuel Andújar —precisión extensible al resto de participantes en el acto— que no persigue ningún tipo de análisis literario de la obra machadiana, sino el emocionado anhelo de presentarnos al ser, al hombre, arquetipo de reciedumbre española, paradigma de tesonera e insólita lealtad a sí mismo y a España, ejemplo de cabal dignidad humana: "No pretendemos, en este momento, —preludia Manuel Andújar— una valoración de su poesía, no nos mueve un propósito de simple exégesis

literaria, sino el deseo de imaginárnoslo en cuerpo y alma, el cálido afán de que nos acompañe profundamente”.

Una —también breve y conmovedora— consideración acerca de la finalidad auténtica, plena, de la revista ‘Las Españas’ (“... ser, cada día más y mejor, una expresión cultural, honesta e independiente, republicana y española, orgullosa de no estar vinculada a ninguna bandería, rencor o dogmatismo...”), así como la fiel convicción en el resurgimiento de la maltrecha dignidad de España, le sirve a Manuel Andújar para introducirnos en la concisa exposición sobre la gran figura de Antonio Machado: “*Tenemos —nos apostilla— una firme, creciente fe en el destino de España, de las Españas, en los valores espirituales, de rango moral, de jerarquía democrática, de apasionado amor por la dignidad —esencial e inabdicable— del hombre...*” “*Por eso conservamos intacta la memoria de nuestra lucha y de su peculiar significado histórico, y recordemos a quienes, como D. Antonio Machado, nos legan una preciosa enseñanza, un inagotable caudal de verdad artística, de autenticidad española, de ánimo entero, de diálogo civil, de sencilla grandeza.*”

Con qué irreprochable, sazónada y lúcida óptica percibió Manuel Andújar cómo esa aquilatada aleación de profunda humanidad, de elevada moralidad y honestidad, de tranquila modestia y sencillez, que impregna por doquier al poeta andaluz universal, llegó inexorablemente al hondón de sus entrañas, caló hasta los tundidos huesos de hombres y mujeres, con tal intensidad que —llegado al más absoluto desánimo— Machado les sirvió de consumada abrazadura: “*No es un hecho casual —así nos lo expresa Manuel Andújar—, sino fruto de la suprema lógica que asiste a los pueblos en sus etapas de dramática crisis, que la figura de A. Machado se afincara en el alma de los combatientes de la República, se afirme en los años oscuros del exilio.*”

“*Adquirió mayor y mejor resonancia su palabra poética, se nos adentró en la conciencia, como un bien común, su conducta pura, su paso limpio por la vida, al borde de la muerte, vencedor con su laborioso aislamiento en la falsa paz, íntegra compañía todo él en la guerra muda. Cuando se produjo el general desmoronamiento de tinglados, personajillos y danzantes, y el español necesitó encontrar sólidos asideros espirituales, su instinto lo identificó, entre otros pocos supervivientes para su estima del ayer y del hoy —Larra, Galdós, Unamuno...—, con A. Machado, que aparecía cual exponente fiel de ‘aquello’, todavía brumoso, en que debíamos inspirarnos para una nueva construcción.*”

También M. Andújar intenta hacernos llegar —esplendoroso verbo mediante—, y en firme oposición contra aquéllos que argumentaban continuos intentos deificadores en la persona de Machado, que el interés por D. Antonio —moda nunca, actualidad siempre— tiene en el pueblo mismo —refugio, para otros— su más consecuente valedor. Esto nos manifiesta el escritor carolinense al respecto: “*Se dirá que nos apoyamos en un juicio de tipo efímero, que la influencia actual de Machado es una corriente pasajera... Que nuestra admiración por el hombre y el patriota y el escritor, provoca un aprecio desmesurado de su esencia literaria. La guerra y sus coletazos, arguyen quienes tildan de ‘beatería’ este legítimo fervor, está sacando las cosas de quicio... Ustedes, prosiguen con runrún más o menos audible, se empeñan en inventar santones, en adobar cultos extraños, de dudoso gusto. La lucha terminó, concluyen, las aguas vuelven a su cauce y el lírico al estricto alcance de su forma, a lo ‘puro’. Hasta aquí el reparo.*”

“Mas no es una moda lo que nos relaciona y une con don A. Machado, en pensamiento, en sensibilidad. Nuestra guerra no ha concluido en sus efectos, es palpitante piedra de toque, representa el nexo de nuestro destino social. En ella se concentra todo un proceso nacional... en que el español, en tanto que hombre y poeta, es puesto a prueba. Las voces que entonces se alfeñicaron, los rostros de los cuales sólo percibimos la mueca vacía, el verbo que descubrió... su inanidad, su corcusido de oficio fullero, nada importan, menos trascienden, están desarraigados de la época y por tanto de lo perdurable, se debaten en las sombras, en su sombra, no cuerpo. En la hora en que el puesto ocupa su lugar y crea historia, se opacan los menguados, la noble vibración centuplica su grandeza.”

“Y Antonio Machado es el poeta que comprende al soldado y al labrador, al obrero y al artífice, porque ha calado en el paisaje que los sustenta, en la atmósfera de siglos e ilusiones que los explica en su momento crucial.”

Como colofón que atestigua el fecundo recuerdo que para estos españoles del exilio supuso A. Machado, veáanse las siguientes —finales— palabras: *“Con obras magnánimas soñaba a España don Antonio Machado. Encarna, también, nuestro sueño de una Patria donde se forje la libertad completa de sus hijos, curados de las culpas y taras que los han conducido allá a la tiranía y posiblemente, en nuestro medio, a un marasmo que debe cortarse.”*

Importante testimonio, también, para seguir adentrándonos en el pensamiento/sentimiento de M. Andújar sobre A. Machado, lo constituye la *Carta* dirigida a Paul Mayer,¹¹ el 5 de abril de 1944, y que abre su epistolario *“Cartas son cartas.”*¹² Libro éste cuyo tema central gira en torno a la difícil existencia —repleta de dificultades económicas, físicas e intelectuales— que los transterrados (José Gaos ‘dixit’) sufrieron lejos de España.

Fue escrita como respuesta a otra carta anterior de Paul Mayer —fecha da el 31 de marzo— en donde le comunicaba a M. Andújar, entre otras cuestiones, el entusiasmo que en él había despertado la lectura de Machado, y le pedía su opinión sobre el escritor sevillano. Los razonamientos que, como respuesta, ofreció Andújar a Paul Mayer no fueron, en absoluto, precipitados sino, por el contrario, meditados y elaborados, fruto de morosa lectura de los textos machadianos, así como precisos y adecuados al momento y lugar de su exposición. Por ello, nada más iniciarse la misiva dice M. Andújar: *“... no puedo ni debo formular cuatro cumplidos de rutina siempre maloliente. Dar libre rienda a mi fervor sería notorio abuso de su cortesía. Acometer un análisis profundo y substancioso, empresa superior a mi pobre facultad crítica. En semejante encrucijada de dilemas no elijo un camino cerrado, sino que me lanzo... a la expresión ...”*

Rasgo capital en la vida y obra de A. Machado va a ser el continuo deseo y afán por conocerlo todo, por intentar hurgar en las distintas esferas que componen el amplio espectro humano: *“El poeta —nos detalla M. Andújar— siente extrema avidez de saber, busca afanosamente los derroteros intelectuales de su época, gusta de confrontar los patrimonios ideológicos europeos, polemiza para sí con las diversas teorías filosóficas..., intenta aprehender el meollo de las doctrinas sociales en lucha, no diseña las manifestaciones políticas, válidas, quiere desentrañar el dinámico mensaje de las costumbres.”*

Por supuesto que todas esas inclinaciones —responsabilidades sabiamente asumidas— no hacen de Machado un ser de enmarañado y confuso caletre ni de

patológico retraimiento sino que, según M. Andújar, “*producen un cariño, consciente y heroico, por lo sencillo, ya encarnado en criatura, árbol, río o muchedumbre. Cuando él, ser antidemagógico por antonomasia, se ‘asoma’ a la opinión pública no lo hace con el frívolo desembarazo del profesional. Su presencia adquiere, entonces, la gravedad emocionante de lo insólito y maravilloso, del gesto moral solemne, porque al igual que todo lo auténtico no se prodiga..., no es rutina y manoseo y retórica chabacana.*”

Asimismo, como en todo gran escritor, no podemos establecer una separación entre vida y obra sino que ambas se hallan indisolublemente unidas, haz y envés de acendrada andadura existencial. Por ende, A. Machado nos va confiando su vida —testimonio imborrable—, con singular maestría, a través de su obra: “... *de modo indirecto y modesto* —nos precisa M. Andújar—, *en ciertos motivos insistentes de sus versos, en estados anímicos que se musicalizan, en frases sueltas de dolor, en palabras crujiendo de angustia, en aquellas ironías donde sobrenada el amargo dejo.*”

Además, en el tratamiento de aquellos motivos fundamentales, y adyacentes (?), de que se nutre su obra no se vislumbra ningún indicio de la relamida egolatría; el trasvase de lo privado al ámbito de lo público adviene paulatina pero incoerciblemente. Oigamos lo que nos apunta M. Andújar al respecto: “*Después de la experiencia que lo reduce a la desnudez, viajar, contemplar, sufrir, representan creaciones que ya cambian su estructura privada y se convierten en singulares incógnitas de general dominio. Más vigoroso el brazo, más acerada la flecha, más lejano y amplio el blanco. Por lo tanto, cura radical del menor vestigio narcisista.*”

No cae A. Machado en la moda al uso —y no sólo en lo literario—, es más, intenta huir de la futilidad de este entorno: “*Es difícil en un poeta contemporáneo* —nos advierte M. Andújar— *escapar al exhibicionismo, al juego de los ritmos y de los ritos, a la propensión ‘marmórea’, al desenfreno post-romántico (no son otra cosa las múltiples y enrevesadas sendas de la ‘vanguardia’) o al sarcasmo intrascendente. Nos hallamos ante actitudes prostituidas, signos de vocación tramposa, escarceos de melindre, integral miseria, suprema nadería.*”

Lo único que salvará a Machado será —según Andújar de nuevo—: “*El viejo pudor ibérico, flor religiosa en la acepción más pura..., alma enemiga de ostentar pesares o gozos, que es como marchitarlos o perderlos. Prudente recato el suyo, purga de la vanagloria y, por sendero peculiar, intrépida batalla de eternidad.*”

Su labor docente le sirve a D. Antonio —agudo y constante observador— para confirmar todo lo anteriormente asumido y estremecerse ante el devenir de la juventud, esto es, de España, en definitiva: “*Profesor de francés en Institutos provincianos* —dice M. Andújar— *ello le permitirá un higiénico choque con el espejismo de la juventud, una dosis suave de aislamiento y la captación de la atmósfera que impera en los lugares de solana o enjutos de claridad donde aprende la genuina condición de España.*”

Así pues, a pesar de que en el fondo siempre late su profunda confianza en el pueblo español, es lógico —aunque lamentable— el fracaso no sólo en el tenaz intento por transmitir ‘algo’ a sus alumnos, cuanto más por conseguir una, aunque pacata, aproximación discipular —ideológica y literaria— al Maestro: “*¡Extravío irreparable considero* —alega M. Andújar— *que sus discípulos no nos hayan transmitido importantes facetas de su temperamento, pero los infelices pertenecían a una clase podrida, condenada a la ceguera!*”

“Aunque el Maestro —continúa Andújar— se esforzase en desbastar a sus callosos alumnos, labraba en yermo, mellaba su impulso comunicativo. ¿Qué puede esperarse de los retoños de terratenientes avillanados, beatas sórdidas y aspirantes a guardias civiles?”

De amplia visión política, Machado percibe con clarividencia excepcional las considerables dificultades que existen para el asentamiento democrático de nuestro país (los avatares en el siglo de su nacemento así se lo constatan y presagian para el futuro). Y ello se lo confirma plenamente el continuo y avasallador distanciamiento del pueblo —fuerza matriz y motriz de España— que llevan a cabo los conspicuos y egregios regidores patrios. Para éstos, España es sólo un pretexto, un paisaje sin figuras en donde, contrariamente, A. Machado sabe rastrear a la perfección su esencia: el hombre. Así nos lo explica M. Andújar: *“En ellos, la patria es un refugio: el paisaje. No perciben que el sistema dominante pugna con el sino geográfico, histórico y ético de la península, que exige normas de tipo federal y, a la larga, de completa transformación.”*

“Al cifrar prácticamente la totalidad de las causas en el paisaje, éste degenera en decoración, en miembro amputado. La virtud eminente de A. Machado estriba en utilizar campo y montaña para descubrir el sumo valor energético: el hombre humilde. Mientras Azorín rastrea el polvo de las ruinas, nuestro poeta asciende a los ventisqueros, exalta al labriego, muestra la musculatura moral de otras centurias, nos reintegra a las bases de la aportación ecuménica.”

¡Qué magistralmente supo captar M. Andújar —tiempo y espacio mediante lo confirman— y magnífica prueba de ello es este internacional Congreso (¡léase en este orden!), pues bien, qué magistralmente supo captar que la obra toda de Machado significaba mucho más allá de lo puramente español, sin por ello dejar de reconocer, al contrario, el hábito hispánico —pálpito cosmológico y colectivo— que la impele y sustenta! Veámoslo en el verbo ágil, elegante y generoso de M. Andújar: *“Machado, se objeta, aborda exclusivamente motivos españoles, es coto vedado para los extranjeros. No negamos su calidad, siguen argumentando, pero sólo se dirige a sus conciudadanos. ¿A qué negar la dedicación absoluta del inventor de Juan de Mairena al medio y destino ibéricos? Sin embargo, conviene hilar más delgado. La inspiración no es nunca tejido unilateral. Se excita y crece gracias al contorno, mas también responde a una conjunción armoniosa de sensaciones independientes, típicas, a procesos volitivos particulares, a inefables sinrazones comunes a la época y a la especie. La melancolía, la prurito de justicia, el delirio de perfección, la identidad con la hermosura, ¿son motivos que afectan únicamente a los nacidos en una localidad catastrada o castrada? Su reacción de simpatía hacia A. Machado, amigo Paul Mayer, lo denota.”*

Y, por supuesto, también lo testimonia —trágico colofón— el amplio y crecientemente eco que tuvo su obra entre los transterrados: *“Pruébalo, asimismo —continúa exponiendo M. Andújar—, el que entre nosotros, emigrados políticos, tengan cada vez resonancia más honda sus composiciones.”*

Vida y obra, en suma, que ellos —emigrados políticos, transterrados, exiliados— desearían fervientemente emular: *“Nos enorgullecería ser como él —resume con rotundidad M. Andújar—: parcós en frases, defensores tenaces de causas legítimas, limpios de ambiciones y perifollos, acordes con el presente pero sin tiquismiquis de fullera actualidad. Sobrios, de soterrada efusión, amantes de la cultura*

que no es privilegio de ociosos, impugnadores de los cobardes convencionalismos internacionales.”

Su dramático cosmopolitismo —paradójicamente cimiento y desarrollo de una obra unitaria— es, una vez más, puesto de relieve por M. Andújar: “Antonio Machado procede de Andalucía y se robustece en Castilla. ¡Otra dialéctica! El ‘ángel’ metafórico, la exuberancia descriptiva de clara estirpe meridional se aquilatan al influjo combinado de la planicie seca y de la incurable herida de amor. Se eleva de esta suerte la atalaya castiza, cuyo remate forjarán, más tarde, Valencia y Cataluña hasta parar en el éxodo de la agonía, en nuestra guerra resurrecta.”

Difícil sería diseccionar el cuerpo literario de M. Andújar en busca de preferencias por esta o aquella parcela de la obra machadiana, pero lo filosófico y la brevedad en el voquible —de consumo, en sólida mixtura— producen en el carolinense un regusto fácilmente observable a lo largo y ancho de su obra: “Lo corto, lo sentencioso —nos ratifica M. Andújar— deben a Machado una contribución señera. Matiz inestimable de su artesanía son los proverbios y cantares, fusión de la copla y del refrán, aristocracia de ambos, en que la intención elude el tono engolado para reproducir, a través de susurros, las brasas del fuego hogareño, en que el verbo se emancipa de ropajes superfluos para brindarnos tuétano de existencia, reflexión cenceña, sugerencia cristalina.”

Consciente del ominoso trance que padece Alemania, mor del irresistible vórtice nacionalsocialista (aunque a un año vista su final, cuando se escribe esta carta), Manuel Andújar epiloga tan relevante misiva con reconocida y esperanzadora expresión. Oigámoslo:

“Que usted, Paul Mayer, cuando Alemania recupere su hollada dignidad, ofrezca a su pueblo la traducción de las poesías de A. Machado. Como testimonio de su admiración, con la delicada exactitud que distingue a un escritor de su rango. Aquellos de sus compatriotas que regalaron toda su riqueza, la vida y el entusiasmo acendrado, por nuestro futuro, se lo agradecerán, ya que están unidos, para siempre jamás, a la tierra de España.”

Finalmente, llegamos al tercero y último de los textos seleccionados. Este escrito, titulado “Antonio Machado, el poeta”, fue redactado por M. Andújar en abril de 1939, sobre una carpeta prestada, en la arena del campo de concentración de Saint-Cyprien,¹³ a donde había llegado una vez que cayó el frente de Cataluña y cuando, al igual que cientos de miles de españoles —entre ellos, Machado—, se vio condenado al exilio, vía Port-Bou.

Cuartillas éstas que M. Andújar pensaba haberlas leído, dentro de una serie de actos organizados por los refugiados, en el barracón de la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza (F.E.T.E.) y que no pudo llevar a cabo ya que se lo impidió una súbita e imprevista orden de traslado a otro campo de concentración, también situado en el Departamento francés de los Pirineos orientales: el de Barcarès.¹⁴ Desde allí, a los pocos días de su llegada, fue trasladado al puerto de Sète, donde embarcaría en el buque Sinaia¹⁵ —la noche del 23 de mayo— junto a otros exiliados, para llegar al puerto mexicano de Veracruz el 13 de junio del mismo año.

Este texto, cuyo estilo y conceptos son asumidos plenamente hoy en día por M. Andújar, se ha mantenido desde entonces incomprensiblemente —dada su calidad literaria y humana— inédito.¹⁶

Al igual que hará en otros escritos —recordemos nuestra andadura retrospectiva— M. Andújar, ya de entrada, nos revela lo que para él supone enjuiciar al poeta: *“Juzgar a Machado es —imperativo liso— neta tarea de conocimiento, de comprensión, preclara por eco del objeto a que se aplica...”*

Una vez efectuado este aserto, nos advierte de los problemas que conlleva el afán de encasillamiento académico al que se adscribe la mayor parte de la crítica. Oigámoslo: *“Antonio Machado, como valor poético de capital y primerísima magnitud, expresión auténtica de España, es quizá el lírico patrio que superiores impedimentos ofrece para una definición de “escuela” —que arroja siempre un ropaje de angostura, de prisión—, para el encasillado a que con lúgrube manía propende la crítica tópica.”*

A continuación, M. Andújar se lanza de lleno, sin remilgos, a presentarnos los dos pilares básicos que jalonan ineludiblemente la producción toda de A. Machado:

“Basta, pues, —nos argumenta— con la honesta deducción de su actitud —lirismo, meditación, efluvios de la sensibilidad en carne viva— ante la tierra, en función del hombre, fenómenos históricos y eternos de consumo. Indefectibles a lo largo (¡no se agotan las dimensiones, vigentes e incógnitas!) de su trabajo rumoroso. Y, sobre todo, atenido al armónico juego conjunto de ambos en la pátina del destino.”

Tierra y hombre que Machado, diestro demiurgo, fusiona —conocedor de sus dramáticas, aunque redentoras consecuencias— con propensión teleológica de prístina y excelsa integridad: *“Nos hallamos —refiere M. Andújar—, característica que acentúa en un mero repaso de circunstancias su vigorosa profundidad, con una predilección casi obsesiva del espacio hispánico, manantial inagotable de inspiración, de reflexión, de egregio deleite. Semejante temática concéntrica inventa sin esfuerzo, a manera de esencia biográfica, una Geografía fabricada a base de la superación valiente de la realidad nominal, escogiendo con trascendental lógica íntima los elementos distantes y distintos para forjar una integridad nueva, maravillosa.”*

Trabado armazón vital cuyo transvase al lienzo poético es realizado por A. Machado mediante una expresión directa, exenta de vanas tautologías o faramallas, y en donde sobresale una sabia, sobria, utilización del color y del sonido. Esto nos dice M. Andújar: *“Y en el meollo de esta directriz, de percepción popular, no ‘pasto’ de minorías, se destaca un predominio de los sonidos —evocados, en esbozo—sobre lo plástico. Los colores, reparamos en el empleo sobrio de los adjetivos, alteran la blanca limpidez con criterio idóneo de dibujante que en las líneas esbeltas, delgadas, leves, encuentra la elocuencia definitiva.”*

Ya, en escritos posteriores que hemos analizado, Machado —según M. Andújar— nos dejaban entrever la unidad de su obra a despecho de su trágico cosmopolitismo, ahora —en el que nos ocupa— la pregunta es rotunda. Y no lo es menos la atinada respuesta, digna de tan documentada pluma, resaltando —lógica la que-rencia terruñera, coterráneos ambos— la eterna huella andaluza. Así lo formula M. Andújar: *“¿Abarca y revela únicamente el paisaje de Castilla? Los mejores y más frecuentes motivos se vinculan a la región central, es cierto, pero conviene no olvidar —matiz y aptitud— la mirada que se tiende hacia Aragón, al Norte, que experimenta con alborozo el desfile, ¡también pardo y multitudinario de los olivos andaluces!, que en la última época de su existencia sustenta los codos ancianos en el pretil levantino, con lozanía y tino magistrales.”*

“Los ocho años de estancia meridional no transcurrieron sin imprimir rastro. No es otra la razón de que ríos, árboles, sierras, desplacen en genuina importancia la tenaz llanura inmensa, espejo de una loca ambición de monotonía deísta.”

El amor y sus inevitables corolarios —que junto al hombre y la tierra corona la atormentada trilogía—, ¿de qué forma se entrevera en la materia poética machadiana? Recordemos que Machado apenas deja rasgos físicos individualizadores de Leonor, sino que su evocación se realiza por medio del eco de una voz, el contacto leve... Por ello es difícil ver en sus composiciones señal alguna de desenfreno pasional sino, al contrario, de estremecida sensibilidad y de lánguidas remembranzas. Dejemos, de nuevo, una y mil veces más, a M. Andújar —enjaezada y enjundiosa prosa, magistral, en suma— que nos lo dicte: *“¿En qué medida el caudal sentimiento amoroso, prendido a una figura, influye en Machado? Indudablemente en el curso de la obra lupa indiscreta no tropieza con alaridos de desesperación o éxtasis de colmada voluptuosidad. Firme soledad que añora, que resalta el trazo monogámico con propias cadenas sutiles, que deja entrever la recóndita amargura por la compañera presa del infortunio, convertida en cenizas cuando las conyugales horas de henchida madurez.”*

“Rasgo que se diluye con suave tacto, que espejea aquí, circula a modo de venas nutrices, encubiertas, después; en manifestaciones nostálgicas, más allá. El promedio arroja un regusto soterrado de fundamental ausencia que no admite solución. En momentos excepcionales, Machado no logra ocultar su pena:

 Mi corazón está donde ha nacido
 no a la vida, al amor, cerca del Duero.
 El muro blanco o el ciprés erguido.

O en esta otra afloración que comienza con las siguientes estrofas:

 La casa tan querida
 donde habitaba ella.

Y concluye describiendo con verismo impresionante su atormentado tránsito:

 Mal vestido y triste
 voy caminando por la calle vieja.

Pasos salobres que flotan dispersos, que no enturbian su bondad racional, temperamental, jugosa.”

En cuanto a la dicotomía campo / ciudad, obvia es, a lo largo de su obra, la atracción de Machado por el primero, inmune a cosméticos y arreboles. Paisaje que no es una mera reproducción fotográfica sino el más importante acceso a la esencia del alma española. Atracción por el campo que no obstaculiza su interés por lo urbano, eso sí, decantado —también— hacia su más pura esencia intrahistórica: *“Naturaleza sin afeites —la contigüidad sintomática del agua y del clima encuadran la impresión global de arranque— que el poeta sorbe con serena ansia, al recorrer, aliviado de séquito, caminos, senderos, veredas, en el instante supremo en que las cumbres se brindan como vírgenes de roca, de nieve y de cielo.”*

“En Machado —continúa diciendo M. Andújar— la ciudad no constituye jamás escenario —a despecho de sus viajes franceses—. El tráfigo urbano no encaja en su psicología. Resalta, a trueque dadivoso, las facetas inefables de los pueblos: interiores, cachivaches agravados en literaria inercia, plazas, fuentes.”

Hacia el final de este interesante documento M. Andújar aborda el archiconocido “Retrato”, y, dejando al margen conceptos ya tratados anteriormente como los de sus orígenes, estancia y peregrinajes, centra ahora su enterizo y ajustado comentario en lo estrictamente vinculado con la moral —en su más vasta acepción— y la poética machadianas.

Por ello, anotemos la clara visión histórica de Machado y su intenso humanismo, que lo llevan inexorablemente al amor a la verdad y a la justicia, y, asimismo, lo apartan de las caducas estructuras mentales ibéricas. También repara M. Andújar en el rechazo del modernismo superficial. Recordemos que en Machado no se da un rechazo total del Modernismo sino que —como expresó en una carta a Unamuno, escrita alrededor de 1913— lo que le repulsa son “las mandangas y garliborleos de los modernistas cortesanos.” Demos paso, pues, a las palabras de M. Andújar: *“Machado intenta en su ‘Retrato’ trillar el camino a los comentaristas. Auxilio prestado con donaire modesto, en que enarbola su credo artístico. No debe constreñírsele —demanda— a los expedientes de clásico, romántico, modernista.”*

“No, tan alejado se muestra del realismo decimonónico y de la posguerra como de los bípedos decadentes que hozan en su intransferible paradoja personal. Asimila, desarrollándolos con empaque, del siglo en la ancha acepción del término, los legados positivos, las adquisiciones experimentales de la tradición.”

“En suma, hasta la litigiosa cuestión de dilema materialista o espiritualista no cuenta para él, artífice delicado pero que se ciñe a la realidad, a su realidad: desgrana las tonadas más hondas de lo humano concreto.”

“No incurre (y la conducta se reafirma en la progresión de la edad) en la menor concesión a la moda vanguardística, como desdeña los brotes anacrónicos, venenosos, de la reacción.”

“El poeta no es un pájaro de hueca canción banal... Tampoco se extravían con estruendo las emociones. Prudencia, mesura, señorío exento de trampa. Y que engendra el estilo de magnífica sencillez, ayuno de desaliño y retórica.”

Sabroso epílogo a tan aderezado testimonio lo constituye el siguiente y poster texto; entrañable y justo epítome a la vida y obra de un hombre honrado, de sólida formación, amplia preocupación cultural, profundamente identificado con su pueblo y en absoluto ajeno a los múltiples problemas de su patria:

Machado es el paisaje de España, con su humanidad sensible, augusta, que sublima su dolor cósmico e histórico, regala al mundo el torrente íntimo de su voz grandiosa.”

“Lo humano univiersal vuelve a ser por conducto de lo ibérico eterno.”

CITAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. “*El exilio español de 1939*” (obra conjunta dirigida por José Luis Abellán); Madrid: Editorial “Taurus”, 1976. 6 Tomos. De imprescindible consulta para profundizar en el tema.
2. Santos SANZ VILLANUEVA: *Historia de la literatura española. El siglo XX. Literatura actual. 6/2*; Barcelona: Editorial “Ariel”, 1984, p. 190.
3. Manuel ANDUJAR: *Sentires y querencias*; Jaén: Edita el Instituto de Cultura, Diputación de Jaén, 1984.
4. Emilio MIRO: “Poesía última de Manuel Andújar”; en *Insula*, núm. 461, Madrid, abril de 1985, p. 6.
5. Enrique MOLINA CAMPOS: “Poesía de Manuel Andújar”; en *Hora de poesía*, núm. 9, Barcelona, mayo-junio de 1980, p. 55.
6. Manuel URBANO: “prólogo” al libro de Manuel ANDUJAR: *Sentires y querencias*, op. cit., p. 5.
7. Manuel ANDUJAR: “Prefacio Prefoce al libro de Jacques ISSOREL: *Colliure, 1939. Les derniers jours d'Antonio Machado/Ultimos días de Antonio Machado*, Perpignan: Editado por la Fondation “Antonio Machado”-Colliure, 1982. Bilingüe. Págs. 10 a 15.
8. Manuel ANDUJAR: “Resonancias de Antonio Machado”; en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 304 a 307, dedicados monográficamente a los hermanos Machado, Madrid, octubre de 1975 a enero de 1976.
9. Manuel ANDUJAR: “Antonio Machado, creador de conciencias”; en el libro del mismo *Signos de admiración*; Jaén: Edita el Instituto de Cultura, Diputación de Jaén, 1986, pp. 200 a 207.
10. La revista *Las Españas* fue cofundada, en México D.F., por M. Andújar y su entrañable amigo —también magnífico escritor— José Ramón Arana (José Ruíz Borau, 1906-1973). Para un estudio de las revistas del exilio son de obligada consulta los trabajos de M. ANDUJAR: “Las revistas culturales y literarias de exilio en Hispanoamérica”, y de Antonio RISCO: “Las revistas culturales y literarias de los exiliados españoles en Francia”. Vid., José Luis ABELLAN: *El exilio español de 1939*, op. cit., tomo III, pp. 11 a 150.
11. Escritor judío alemán, asesor literario de una importante editorial de Berlín. Exiliado a México, donde murió.
12. Manuel ANDUJAR: *Cartas son cartas*; México D. F.: Editorial “Finisterre”. Colección “Perspectivas españolas”, núm. 4, 1969. En concreto, la carta referida se encuentra entre las páginas 15 a 22.
13. Manuel ANDUJAR: Saint-Cyprien, plage. Campo de concentración; México D. F.: Ediciones “Cuadernos del destierro”, 1942. Detallada crónica del campo y sus pormenores.
14. Para el tema de los diversos y dramáticos destinos que corrieron los exiliados españoles de 1939, consultar el trabajo de Vicente LLORENS: “La emigración republicana de 1939”; en José Luis ABELLAN: *El exilio español de 1939*, op. cit., tomo I, pp. 95 a 200.
15. Para conocer detalles de la travesía de este buque y de su pasaje. Vid. Manuel ANDUJAR: “Notas sobre la travesía del ‘Sinaia’”; en *Tiempo de Historia*, núm. 67, Madrid, junio de 1980, pp. 38 a 49.
16. Será próximamente publicado —dignos el facsímil y el encarte— en la revista de literatura *Condados de Niebla*, editada en Huelva.